

PODER, DOMINACIÓN Y RESISTENCIA

1. INTRODUCCIÓN

El poder es uno de los conceptos centrales de la filosofía política, pero también uno de los más complejos. Habitualmente lo asociamos con gobiernos, leyes, autoridad o incluso con la fuerza. Sin embargo, la tradición filosófica muestra que el poder no puede reducirse a dominación ni a mera capacidad de imponer la voluntad propia. A lo largo de la historia, distintos pensadores han intentado comprender qué es el poder, cómo se ejerce y qué relación tiene con la libertad, la justicia y la identidad. ¿el poder pertenece a quien manda?, ¿es siempre opresión?, ¿puede existir sin violencia?, ¿es posible resistir?

2. EL PODER COMO RECONOCIMIENTO EN HEGEL

En la *Fenomenología del espíritu*, Hegel plantea que la conciencia humana no se forma en aislamiento. Para saber quién soy, necesito que otro me reconozca. La identidad no es algo puramente interior se construye en relación con otras conciencias. Cuando dos autoconciencias se encuentran, cada una quiere ser reconocida como autónoma y superior. No basta con existir, cada una quiere que la otra confirme su independencia. Este deseo genera un conflicto. Ambas buscan afirmarse, y esa afirmación adopta la forma de una lucha. Hegel describe esta confrontación como una “lucha a muerte”. No significa necesariamente violencia física real, lo que está en juego es el reconocimiento, cada conciencia debe demostrar que no está absolutamente ligada a la mera supervivencia biológica.

En esa lucha, una de las conciencias cede por miedo a morir. Prefiere conservar la vida antes que arriesgarlo todo por el reconocimiento. Esa conciencia se convierte en esclavo. La otra, que ha mostrado estar dispuesta a arriesgar su vida, se convierte en amo.

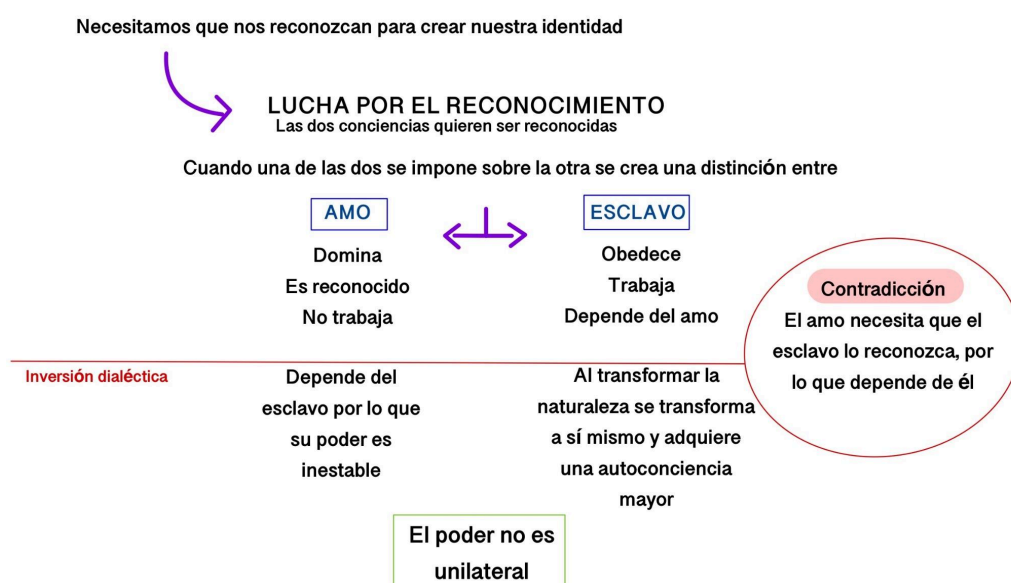
Aparentemente, el amo es quien tiene el poder, es reconocido por el otro, el esclavo, no depende directamente del trabajo y disfruta de los productos que el esclavo transforma.

Pero esta situación es solo el comienzo del proceso dialéctico. El amo parece independiente, pero su reconocimiento es incompleto, porque proviene de alguien sometido. No es un reconocimiento entre iguales. El amo depende del esclavo para que su posición tenga sentido. Sin el esclavo, no sería amo.

Por otra parte, el esclavo, aunque subordinado, puede desarrollar una experiencia decisiva, el trabajo. A través del trabajo transforma la naturaleza y, al hacerlo, se transforma a sí mismo. Aprende disciplina, adquiere habilidades, toma conciencia de su capacidad de dar forma al mundo.

Aquí se produce la inversión, el esclavo, mediante el trabajo y la formación, desarrolla una autoconciencia más profunda que el amo. El amo, al no trabajar ni enfrentarse a la transformación material, permanece en una posición dependiente y estática. Este proceso es dialéctico porque la relación inicial se invierte. La posición que parecía superior revela su fragilidad, y la que parecía inferior contiene el germen de una superación. La dialéctica no es simplemente un esquema de “tesis-antítesis-síntesis”. Es un movimiento en el que una forma de relación contiene una contradicción interna que la transforma. En este caso, la dominación genera dependencia, la subordinación genera formación y conciencia, y el poder aparente se muestra inestable.

La idea central es que el poder no es una relación simple de superioridad unilateral. Incluso quien domina depende del dominado. Y quien parece sometido puede desarrollar, a través de la experiencia y la transformación del mundo, las condiciones para una libertad más profunda.



3. EL PODER COMO RED PRODUCTIVA DEL SABER FOUCAULT

Antes el poder se entendía fundamentalmente desde un modelo jurídico-soberano. Esto significa que el poder se concebía como una propiedad localizada en una instancia superior normalmente el Estado o el soberano, que tenía el derecho legítimo de mandar y de imponer obediencia. En esta perspectiva clásica, el poder se define en términos de autoridad, ley y prohibición.

Para Foucault el poder no es una propiedad de una institución o persona. Circula en las relaciones sociales. Está presente en la escuela, la familia, el hospital, la prisión o el trabajo. El poder se ejerce más que se posee, no puede entenderse como algo que se posee (como un bien o un derecho) o que emana de un centro único como el Estado. El poder se ejerce en una red de relaciones que atraviesan todo el cuerpo social, funciona en cadena y transita a través de los individuos. No es solo una estructura superior (macro), sino que se manifiesta en instancias locales y regionales como la familia, la escuela, el hospital o la prisión. Foucault sostiene que en las sociedades modernas ha surgido una nueva mecánica de poder, el poder disciplinario, que es incompatible con las viejas teorías de la soberanía.

A partir del siglo XVIII surge un poder que no castiga solo el delito, sino que busca producir cuerpos útiles y obedientes mediante vigilancia, evaluación y normalización. El saber y el poder no son entidades separadas, existe una articulación perpetua entre ambos. Cada sociedad tiene su "política general de la verdad", es decir, los discursos que acoge y hace funcionar como verdaderos y los mecanismos que permiten distinguir lo falso de lo verdadero. No hay poder sin producción de saber. Las ciencias humanas (psiquiatría, psicología, pedagogía) no solo describen la realidad, sino que participan en la creación de normas sobre lo normal y lo anormal. Al definir lo que es normal y lo que es patológico, lo que es sano y lo que es desviado, configuran modos de subjetividad. El poder produce verdad, y esa verdad sostiene y legitima determinadas formas de organización social.

A través de prácticas disciplinarias el poder moldea cuerpos y conductas, genera lo que él llama "cuerpos dóciles", es decir, individuos que interiorizan reglas y se autorregulan.

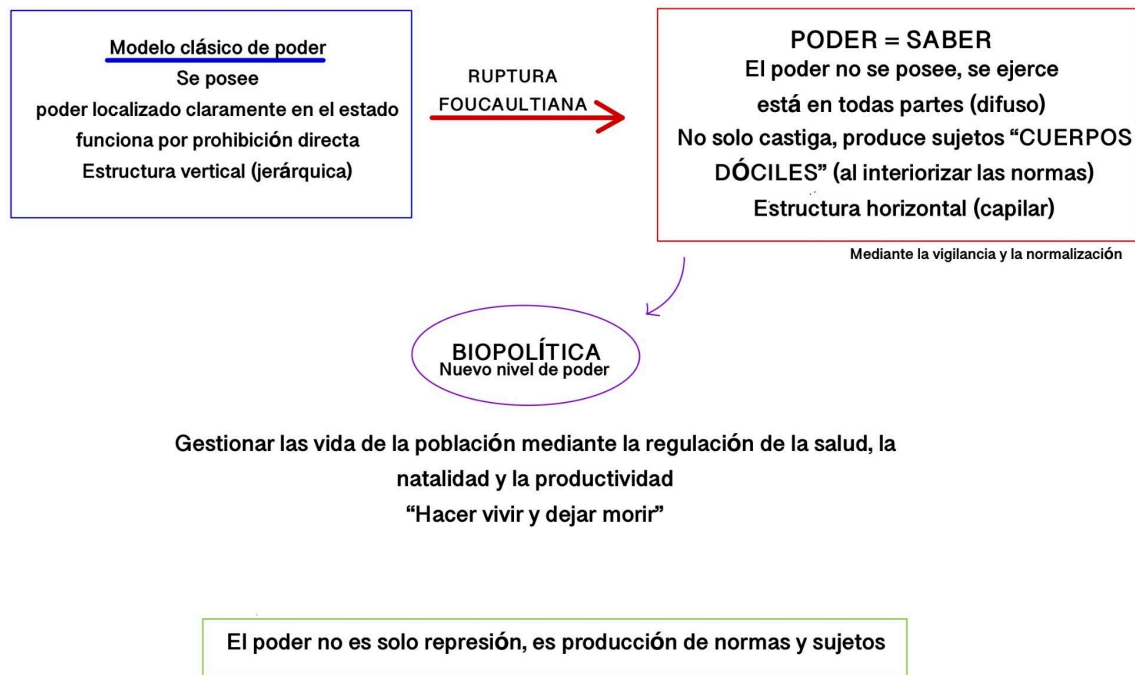
Para entender mejor cómo funciona este poder disciplinario, Foucault recurre a una imagen muy concreta, el panóptico, que es un modelo de prisión diseñado por Jeremy Bentham. Imaginemos un edificio circular. En el centro hay una torre desde la que se puede observar a todos los presos. Ellos, sin embargo, no pueden saber si en ese momento están siendo

vigilados o no. Lo importante no es que alguien esté mirando todo el tiempo, sino que podría estar mirando en cualquier momento. El preso termina comportándose como si siempre lo estuvieran observando. Interioriza la vigilancia y se autocontrola. El poder ya no necesita castigar constantemente, porque ha logrado que el propio individuo se discipline a sí mismo. Lo utiliza como una metáfora de cómo funcionan las sociedades modernas. La misma lógica aparece en la escuela con los exámenes, en el hospital con el historial médico, en el trabajo con la supervisión del rendimiento. Siempre hay una mirada que evalúa, compara, clasifica. Así, el poder se vuelve más eficaz porque deja de ser visible como imposición directa y pasa a convertirse en una forma de normalización cotidiana. No se siente necesariamente como opresión, sino como evaluación, seguimiento o mejora

La biopolítica opera sobre fenómenos como la natalidad, la mortalidad, la esperanza de vida, las epidemias, la higiene, la alimentación, la sexualidad o la productividad laboral. La población se convierte en objeto de saber estadístico y de intervención técnica. Surgen disciplinas como la demografía, la medicina social, la psiquiatría o la economía política, que permiten medir, clasificar y regular la vida colectiva. El poder ya no actúa solo prohibiendo, sino regulando variables, estableciendo promedios, gestionando riesgos. Ahora se trata de “hacer vivir y dejar morir” Gobernar deja de significar únicamente imponer leyes y pasa a significar gestionar condiciones de vida. El Estado moderno no solo castiga delitos, organiza campañas de vacunación, diseña políticas de natalidad, regula la sexualidad, planifica ciudades, interviene en la educación. La vida biológica entra en el cálculo político. El cuerpo humano y la población se convierten en recursos estratégicos. Lo decisivo es que esta forma de poder no se percibe necesariamente como opresiva. Al contrario, suele presentarse como protectora, racional, científica. Promete seguridad, salud, bienestar. Pero precisamente por eso resulta más eficaz, porque se integra en prácticas cotidianas y se legitima mediante saberes expertos. La norma sustituye progresivamente a la ley como instrumento central. No se trata tanto de prohibir como de normalizar, de definir qué es lo saludable, lo correcto, lo productivo.

Si el poder esta en todas partes ¿Es posible resistir? Para Foucault allí donde hay poder, hay resistencia. Pero esta resistencia no procede de un exterior puro, porque no existe un afuera completamente libre de relaciones de poder. La resistencia es interna a la red, surge en los mismos puntos donde el poder se ejerce. Las luchas sociales, pueden entenderse como formas de resistencia que cuestionan modos específicos de normalización. No se trata de derribar un

centro único, sino de intervenir en múltiples puntos de la red. Porque no busca identificar un enemigo absoluto, como si todo se redujera a una conspiración centralizada, su objetivo es mostrar cómo estamos constituidos como sujetos a través de prácticas, discursos y dispositivos que nos atraviesan.



Tradicionalmente se entiende que la justicia corrige abusos del poder y la ley protege a los ciudadanos, pero cuando Foucault plantea que la justicia forma parte de las mismas redes de poder, y el sistema penal no solo castiga, sino que produce categorías sociales (delincuente, normal, peligroso). La pregunta deja de ser ¿La justicia es justa? y pasa a ser ¿Qué tipo de sujetos produce el sistema de justicia?

Una norma puede ser legal y, al mismo tiempo, generar conflicto moral. El ensayo *Civil Disobedience* de Thoreau defiende que el individuo tiene el deber moral de no colaborar con leyes injustas (en su caso, la esclavitud y la guerra contra México).

Thoreau parte de tres supuestos:

1. Existe una estructura política que puede volverse injusta.

2. El ciudadano conserva una conciencia moral autónoma.
3. La negativa pública y no violenta puede corregir al sistema.

La desobediencia civil es un acto público, no violento y consciente. Consiste en incumplir una ley considerada injusta. Busca apelar al sentido de justicia de la mayoría. Y presupone que existe una estructura legal legítima que puede corregirse.

Si la justicia forma parte de las redes de poder, la desobediencia ya no es solo “romper una ley injusta”, sino cuestionar, las normas que definen lo normal/anormal y también las categorías que producen sujetos (delincuente, enfermo, peligroso)

Aquí la desobediencia no es solo jurídica, sino también epistemológica y social.

Si el poder produce sujetos, normas y categorías, el totalitarismo representa el momento en que esa capacidad productiva se concentra y se cierra sobre sí misma. La soberanía se basa en la ley y la obediencia al soberano, la disciplina se basa en la vigilancia continua, el control del tiempo y la normalización de los cuerpos. En el siglo XIX, esa administración de la vida se articula con el nacionalismo. La nación comienza a pensarse como un cuerpo colectivo con identidad propia. Cuando ese cuerpo se define en términos biológicos, raciales o históricos absolutos, la exclusión deja de ser un accidente y se convierte en una exigencia interna del sistema, y quien no encaja en la norma amenaza la integridad del todo. El nazismo, el fascismo o el estalinismo no solo concentran poder político, integran saber, identidad y aparato estatal en una única narrativa total. Definen quién es el enemigo, quién es el “normal”, quién es el “peligroso”. La categoría deja de ser descriptiva y se vuelve sentencia.

Así, el totalitarismo no aparece como una ruptura absoluta con la modernidad, sino como la radicalización de sus dispositivos, cuando las redes de poder que producen sujetos y verdades se unifican bajo una ideología única y eliminan la pluralidad, el espacio de la discrepancia desaparece. La justicia ya no corrige al poder, se convierte en instrumento de la verdad oficial. La norma ya no admite contestación, se presenta como destino histórico. Por eso la pregunta por la resistencia se vuelve más compleja. Si el poder está inscrito en los saberes, en las categorías y en las formas de vida, resistir no significa solo desobedecer una ley concreta, sino reabrir el espacio de lo pensable, cuestionar las verdades que se presentan como necesarias y recuperar la pluralidad que el totalitarismo intenta clausurar.

4. PODER COMO ACCIÓN COLECTIVA HANNAH ARENDT

Hannah Arendt escribe tras la experiencia del totalitarismo del siglo XX (nazismo y estalinismo). Su pregunta central es ¿Cómo es posible la política después de la destrucción del espacio público por los regímenes totalitarios?

Una de sus tesis más importantes es que el poder no es violencia.

- Poder → capacidad de actuar en conjunto.
- Violencia → instrumento que puede destruir poder, pero no crearlo.

Una de las tesis centrales de Arendt es que el poder y la violencia son opuestos, donde uno domina absolutamente, el otro está ausente.

El poder surge cuando las personas se reúnen y actúan colectivamente. No pertenece a un individuo, sino al grupo mientras permanece unido, no es una cosa que alguien “posea”. No es una propiedad individual, ni una fuerza física, ni una capacidad de coacción. El poder es la capacidad de actuar concertadamente. Existe mientras el grupo permanece unido, y desaparece cuando esa unidad se rompe. El poder no pertenece a un líder en sentido estricto. Un gobernante tiene poder mientras cuenta con el apoyo y el reconocimiento de quienes obedecen. Si ese apoyo desaparece, el poder se disuelve. El poder no necesita justificación porque es inherente a la existencia de las comunidades políticas, lo que necesita es legitimidad, la cual deriva de la reunión inicial del grupo.

La violencia, en cambio, es instrumental. Es un medio para conseguir un fin. Se basa en herramientas como armas, tecnología, coerción física. La violencia puede destruir poder, pero no puede crearlo. La violencia puede obligar a obedecer, pero no genera acción compartida ni legitimidad. Un tirano que gobierna solo mediante la violencia en realidad carece de poder, ya que ha destruido el espacio público de interacción.

Las tesis de Hannah Arendt conectan directamente con desobediencia civil porque es pública (no es una mera objeción privada), no es violencia, apela a la legitimidad política y presupone que el poder se basa en el consentimiento de los gobernados.

Para Arendt, cuando un número significativo de ciudadanos retira su apoyo, el poder se debilita. Eso es exactamente lo que Thoreau propone retirar la cooperación al Estado injusto.

Para Hannah Arendt, la política solo existe porque vivimos con otros y entre otros, no somos piezas intercambiables. Cada persona es única, y esa diversidad, esa pluralidad, es lo que hace posible el espacio público. La política aparece cuando hablamos, actuamos y nos mostramos ante los demás. No es solo organizar la sociedad, es compartir un mundo común. Por eso el totalitarismo no destruye únicamente instituciones, rompe los vínculos entre las personas. Aísla, convierte a los individuos en masa y elimina el lugar donde podían reconocerse mutuamente. Cuando desaparece ese “entre” que nos une, el poder deja de existir en su sentido auténtico y solo queda el miedo o la obediencia forzada. Los regímenes totalitarios temen precisamente lo imprevisible e intentan suprimir la espontaneidad y convertir la vida social en algo totalmente controlable, no solo gobiernan mediante el terror, sino también destruyendo el mundo común que compartimos. Cuando las personas ya no pueden confiar unas en otras ni contrastar sus experiencias, la ideología ocupa ese vacío y ofrece una explicación cerrada de todo. La mentira deja de ser una excepción y se convierte en estructura.

Más adelante, en *Eichmann en Jerusalén*, introduce la conocida expresión “banalidad del mal”. Lo inquietante no es encontrarse con monstruos, sino con personas corrientes que han dejado de pensar por sí mismas, el problema no era una maldad excepcional, sino la ausencia de reflexión. Cuando alguien renuncia a juzgar lo que hace, puede participar en crímenes enormes sin sentir que está haciendo nada extraordinario. Más que preguntarse solo cómo fue posible el totalitarismo, se pregunta cómo proteger ese frágil espacio donde las personas pueden hablar, actuar y comenzar algo nuevo juntas. Porque cuando ese espacio desaparece, no solo se pierde el poder político, si no que se pierde el mundo compartido que nos hace verdaderamente humanos.

